orar. Donde más notó esta falta fué á la cabecera del lecho de su padre enfermo. «Cálmate, hijo mio,—le decía su padre,—confía en la bondad de Dios, que nos ayudará.» Ignoraba que tales palabras penetraban en el corazon de su hijo como un puñal de dos filos.

Simon de Silva, que desconfiaba de la suerte del enfermo, entró acompañado del cirujano Van den Eude, y los dos hablaron largo rato en latin del estado del paciente. Por muchos motivos llamaba especialmente á Baruch la atencion el médico extranjero, y sobre todo, por la facilidad con que hablaba el latin. Mejoró el enfermo y Van den Eude le visitaba casi diariamente, conversando con Baruch. No quedaron ocultos para la vista penetrante del médico los sufrimientos interiores del jóven, así como el vigor de su espíritu. El padre de Baruch accedió á los deseos de éste de terminar su instruccion clásica con la ayuda de Van den Eude.

Acompañó Baruch un dia á Van den Eude á su casa. A la entrada quedó encantado al oir los acordes de su órgano, acompañados con una voz juvenil. El médico hizo entrar á su discípulo en una sala y le dejó solo un momento. Estaban las paredes cubiertas de cuadros y adornada la habitacion con esculturas preciosas y con variados y caprichosos ramilletes de flores. Condujo despues el médico á su discípulo á otra habitacion, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros anatómicos y de instrumentos de su profesion. Baruch examinaba todo con una curiosidad excesiva, y decía para sí: «Aquí existe otro mundo; hay posibilidad de ocupar la vida en algo más que en leer versículos de la Biblia,